

EDUCACIÓN

Sobre un libro de Luisa Luisi

Todo — en este libro — gira alrededor de esta idea madre: la importancia del factor educativo de la escuela para el progreso social y su descuido en la realidad de la enseñanza. “No nos importa saber, dice Luisa Luisi, que hay, hoy, mayor número de hombres y mujeres que saben escribir y leer que hace cincuenta años; de nada sirve la instrucción si no acompaña a un carácter íntegro y a una elevada concepción del deber. El mal será más grave, si a las ambiciones naturales se agrega un instrumento nuevo para satisfacerlas, y la instrucción es un instrumento que tanto puede colocarse al servicio de las causas justas como al servicio de los intereses personales”. Y, en otra parte, al juzgar las consecuencias de la Reforma Vareliana, que si “la elevación del nivel intelectual es innegable, la educación moral del individuo no ha sufrido variación sensible”.

Motivo de gran regocijo interior es, para mí, la constatación de este orden de ideas en miembro del magisterio nacional tan distinguido como la señorita Luisa Luisi. Hace ya años que, a propósito de trabajos de índole higiénica presentados a diversos congresos, vengo sosteniendo que el factor esencial para la difusión y preservación de la salud, está en la escuela y que nada puede la simple enseñanza de la higiene si

la escuela no realiza paralela y armónicamente la educación física y moral de sus alumnos.

Decía, efectivamente, en el primero de esos trabajos a que aludo: “La Escuela no debe *enseñar* sino *educar* y la educación, por orden de importancia, debe ser: 1.º física, 2.º moral, 3.º higiénica, 4.º de economía doméstica, 5.º manual, 6.º intelectual. Para responder a este concepto las escuelas futuras deberán ser tan diferentes de las actuales, tanto en la contextura de sus edificios como en la organización de sus planes y normas educativas. A las escuelas de hoy, anémicas de aire y luz, deberán agregarse plazas vecinales de juegos y deportes en todos los puntos de las ciudades y terrenos para cultivos en sus adyacencias. El horario escolar deberá repartirse de modo que la mayor parte del tiempo sea destinado a juegos y ejercicios físicos, trabajos manuales y educación moral, higiénica y de economía doméstica y la menor parte a educación intelectual. Paralelamente a los maestros de hoy, abrumados por el aprendizaje y la enseñanza de materias teóricas, deberán sustituirse los maestros de mañana, *educados para educar*, hombres sanos y de conciencia, con un gran amor por su apostolado, respetables y respetados — los mejores entre todos los componentes sociales — de criterio propio y de espíritu de iniciativa y educación propios, capaces de despertar en sus alumnos este mismo espíritu y aquellas realidades de conciencia, que son las únicas que hacen a los hombres respetados y respetables. El maestro, más que un instructor, más que un enseñante mecánico de materias teóricas, más que un dómine pedante, debe ser un educador, un iniciador bueno y amable en los secretos de la naturaleza y de la vida”.

Y en otro trabajo, referente a la enseñanza antialcohólica por la escuela, volvía a sostener la casi inutilidad de esta enseñanza, si ella no va acompañada

por una educación correlativa, física y moral, ya que sólo el ejemplo y la puesta en práctica diaria, de las virtudes fundamentales por los hombres sanos y fuertes hacen realizar *de verdad* lo que se debe hacer.

En un tercer trabajo, finalmente, sobre Educación profiláctica de la Tuberculosis, digo textualmente: “La ignorancia, la educación y la mala fe de casi todos los hombres, se oponen a que se pueda luchar *con éxito* contra las múltiples ocasiones de contagio y las causas de debilitamiento de los organismos humanos. Para constatar estos factores lo mejor de todo es *educar*. La escuela ha descuidado, en casi todos los países, su rol educativo. La escuela — desde el Jardín de Infantes hasta la escuela primaria, secundaria y superior— debe dejar de ser un simple *enseñadero* para convertirse en *casa de educación para la vida*. La escuela debe tratar de servir los intereses superiores de la vida, perfeccionando a *todos* los hombres por igual, aunque diferentemente según las modalidades y tendencias de cada uno de ellos. Las escuelas actuales no sólo no hacen esto, sino que se limitan a enseñar de una manera uniforme *y sin eficiencia educativa*. Puede salirse de las escuelas actuales sabiendo lo que debe hacerse; pero sin que los que salen de ellas hagan en realidad lo que se debe”.

Referíame — en todos estos casos — a la insuficiencia de una simple enseñanza higiénica, sea antialcohólica, sea de medios de preservación contra las enfermedades infecto-contagiosas, sea de medios higiénicos de vida, etc. Del propio modo, la instrucción cívica, pongo por caso, no basta para formar buenos ciudadanos. Es necesario — paralelamente — la inoculación por la escuela de la Moral Cívica, única manera de que los ciudadanos de mañana no sean, como los de hoy, instruidos pero arrivistas (inconvenientes del instrumento de la instrucción cuando se pone al servicio de inte-

reses personales, como lo dice muy bien la señorita Luisi). La mayoría de los males sociales deriva precisamente de la falta de envergadura moral de la sociedad y de sus componentes.

Si se la orientara en el sentido de una educación moral fisiológica, la escuela podría — a la vuelta de dos o tres generaciones — cambiar la faz de la humanidad. La organización social actual es el resultado de diferentes ensayos empíricos de la humanidad a través de su historia. Hemos llegado, sin embargo, a un punto en el que podemos precisar con rigor científico, cuáles son los factores biológicos que deben determinar la constitución de las agrupaciones humanas para que éstas rindan el máximo de efectos útiles con el mínimo de inconvenientes colectivos. La educación moral fisiológica sería la de la conducta que deberían seguir los componentes sociales dentro de una sociedad así concebida. No está ella reñida con los conceptos clásicos de deber, hombría de bien, justicia, solidaridad, etc. Pero estaría completada por normas de vida más equitativas y fisiológicas que las de la sociedad actual, y, por ende, más asequible, más fácil y más exigible sería el cumplimiento de aquella conducta fisiológica moral.

Eduquemos *a todos los hombres* dentro de estos conceptos básicos: necesidad igual para todos de alimentos sanos, en cantidades que estén de acuerdo con las necesidades fisiológicas de cada uno; de viviendas sanas y confortables; de aire y de luz; de ejercicios físicos; en la alegría del trabajo y en la del descanso que le sigue, pero no en los falsos goces del ocio o del descanso no ganado: en los placeres del arte para los momentos del descanso; en el afán de lo mejor para sí mismo y para todos y no para sí mismo, aún contra todos; en el espíritu de solidaridad así moral como económica, intelectual, etc., y no en el de la agresión y

competencia; en el amor a la patria propia, pero sin odios para las otras patrias; en el respeto y la tolerancia mutuas... y el día en que la escuela eduque así a todos nuestros hijos, la humanidad estará cerca de su redención definitiva.

La *mentalidad* nueva creada a nuestros hijos por esta educación facilitará una *modalidad* idéntica en los hijos de estos hijos, y he aquí como podrá hacerse una organización social mejor al cabo de dos o de tres generaciones a lo más.

El doctor Víctor Mercante, que prologa la obra de la señorita Luisi, piensa también como ella "que el problema de la educación en nuestro ambiente es moral, ligado íntimamente al carácter y a la cultura". "Impugna a la escuela su carácter nivelador y encarece lo imprescindible que es ofrecer al niño "oportunidades" a sus tendencias". Dentro de este concepto habrá que estudiar los "procedimientos" que contribuyan a reformar el sistema secular del "aula", en el que maestros y niños languidecen, como en una prisión arcaica, llenos de ansiedad y desasosiego, en la molesta situación del que resiste la vara niveladora de la disciplina, en un ambiente extraño a la naturaleza". "El carácter no puede acentuarse sin la libertad; una libertad de escuela abierta". "Una escuela inteligente, prestigiosa, autónoma, rueda principal del engranaje político del estado, puede formar los hábitos de una conducta sana".

La señorita Luisa Luisi estudia, en diferentes capítulos de su interesante libro, diferentes problemas prácticos, relacionados con estos conceptos físicos de la misión educadora de la escuela libre: por qué la escuela primaria no educa — imposibilidad de hacerlo porque, fuera de que no se la ha orientado en este sentido, las clases numerosas y la disciplina escolar se oponen al estudio de cada temperamento y de las múl-

tiples causas que van formando los caracteres en el combate de la vida. "Se separa violentamente, dice, de la vida de todos los días, la vida teórica que se enseña, y el niño, sincero, deja para la hora de la enseñanza teórica, las hermosas ideas y los sentimientos nobles". El viejo molde clásico del "aula" con su enseñanza uniforme y no la escuela libre para la educación para la vida.

"Los que son maestros, y maestros escrupulosos y conscientes, saben perfectamente que en donde hay una buena disciplina hay una gran inmoralidad, que es la injusticia", agrega lapidariamente. Aborda a continuación el problema de la edificación de los locales escolares, íntimamente relacionado con este tópico; insiste sobre las deficiencias — de todo punto de vista, de los actuales; pide locales "para *todas* las escuelas públicas del país" que reúnan todas las condiciones así de orden higiénico como educativo, sanos al par que bellos, no lujosos, pero sí alegres y decorados con sencillez y buen gusto...

A propósito del "valor pedagógico de los desfiles y fiestas escolares" y del "Día del Arbol", hace un análisis sugestivo y muy bien hecho del modo como se practican aquellas fiestas y desfiles y cómo se trata de inculcar el amor por el árbol, demostrando — al par que lo bien intencionado de estas prácticas y de su aparente brillantez como espectáculo — lo irritante de las injusticias sociales que aquellas fiestas aparejan y la siembra educativa *desfavorable*, que en realidad realizan, sin contar con que tampoco consiguen despertar el amor por el árbol, ceremonias de las que se recuerda mañana solamente el día luminoso o gris, la caminata larga, la repartición de bombones o juguetes, los pequeños agravios entre compañeros; pero no el árbol que se plantó, ni el sitio en el que fué plantado y al que no se volvió a ver más nunca...

Preconiza en cambio “los paseos al aire libre en la plena expansión de la naturaleza, a que los niños deberán concurrir libremente con sus trajes de diario, bajo la mirada amiga del maestro; en que no haya desfile, ni disciplina, ni público que observe, ni carácter de fiesta; realizados en primavera y en otoño y en diversos lugares del país. Estos paseos organizados abren horizontes inmensos en el alma de los niños”. Así lo creo yo también. Dice luego como podrían darse prácticamente. La solución no es difícil. Basta que las autoridades escolares quieran realizarlos así.

Del propio modo, para desarrollar el amor por el árbol no es necesario una fiesta única en el año, llena de hermosos discursos y de ceremonias brillantes que después se olvidan. Es menester el terreno en las adyacencias de toda escuela pública y el plantío del árbol y el cuidado del árbol plantado, cotidianamente, por la misma mano. La educación individual, la acción educativa por el ejemplo siempre.

Y así es todo este libro, del que puedo decir finalmente, con toda sinceridad, como el mejor elogio, que hubiera adivinado en su autor, como lo supuse ya, un alma de poeta, porque todas sus páginas, si impregnadas están de dotes de observación finas y sagaces, más lo están aún de cariño por los hombres, el bien y una humanidad mejor y armoniosa...

ALBERTO BRIGNOLE.